

VICTOR MERCANTE

EX-DECANO DE LA FACULTAD DE CIENCIAS DE LA
EDUCACIÓN DE LA UNIVERSIDAD DE LA PLATA

LA PAIDOLOGÍA

ESTUDIO DEL ALUMNO



M. GLEIZER - EDITOR
TRIUNVIRATO 537
BUENOS AIRES-1927

XVI. — EL PSICOANÁLISIS

Desde el terrado donde comíamos, el lago de Ginebra se teñía de matices extraordinarios, desde el verde al rosado, mientras allá lejos la cumbre imponente del Monte Blanco, iluminado por el sol de las 19 ofrecía, desde el fondo de las quebradas boscosas del Avre y la Faucigny, un espectáculo indescriptible. Los vapores volvían de Evian y de Losana arracimados de turistas y las lanchas a nafta partían veloces para Versoix y Nyon. Al volver los ojos, advertí una mesa ocupada por Torres Quevedo y otra persona con quien depararía.

—Voy a saludarlo, dije a mi mujer.

—¿No incomodo? Conocí a usted en la Universidad de La Plata.

—¡Ah! ¿Usted es?...

—Difícilmente lo recordará. Pero no podía olvidar su cara, sus conferencias y el valor intelectual que representa en España. A pesar de los quince años trascurridos, noto en usted las mismas canas...

—Pues, vaya, cuánto celebro encontrarme con un profesor argentino. Conservo gratísimas impresiones de aquel viaje y.. hubiera vuelto; tal vez a quedarme como Rey Pastor; ¡qué buena gente son ustedes! ¡Oh! perdone; el doctor Freud.

—¿Sigmundo Freud? Su nombre me es conocido desde 1911. Andaba usted muy mezclado a la psicología, tanto que en los artículos de la "Revue" de Ribot y Dumas, era difícil descubrir al psiquiatra.

—¿Y por quién me había tomado?

—Pero usted habla castellano... ¡Qué oportunidad!

—Ya, algo. ¿Entonces, le parece a usted incierto?, dije acariciándose la barbilla canosa.

—Antes de que lo tradujeran.

—¡Qué traidores son los extractos!

—¡Y que nutritivos! No vendrían mal a nuestras sopas.

—Pues me proporciona usted el inesperado placer de verlos; créame, también he hecho psicoanálisis estudiando sujetos cuyas diferencias pueden atribuirse al sexo que evoluciona y cambia de valores a través de la edad... y de los intereses. Desde los trece años el adolescente es un mapa cruzado por zonas erógenas, esclavo de la excitabilidad sexual que engendra sentimientos, emociones, imágenes, voluntad, actividades. Pero hay excepciones; tal vez dormidos o escondidos.

—Eso es. ¡Cómo cambia el problema de la educación! Cada muchacho es un caso. La pedagogía se rehace alrededor de este interés formidable que ocultamos con cierta compunción religiosa. La raza, querido profesor, es un problema sexual que a través de los siglos se resuelve en esa civilización recapitulada por el individuo. Los objetos no interesan, en el primer momento, sino como un pretexto para que entren en actividad funciones disimuladas por el ropaje estético. Acaso la flor más bella del jardín es la mujer que se adivina detrás de las celosías.

—Entiendo; cuantos se ocupan de observar, recoger, clasificar hechos y estudiarlos para inferir principios y teorías, hacen psicoanálisis.

—Pero los psicólogos olvidan, en la experiencia, dos cosas: la voz del sexo y la raíz profunda y barbosa de los antepasados. Acaso no exista en nosotros una conciencia. ¿Se sorprende? Nos mueve el instinto. Tiene, pues, importancia el examen detenido de las formas que escapan al control voluntario y constituyen, si usted quiere, el mundo viviente de nuestros actos, los reflejos.

—Luego, su doctrina sienta principios fundamentales para la enseñanza.

—El período de la infancia es decisivo en la determinación de las aptitudes, de las inclinaciones, de las cualidades y de los defectos que se manifestarán en el individuo durante el curso de su vida ulterior...

—Al mismo principio, llegué estudiando la crisis de la pubertad.

—Prosiga usted; me interesa la tesis.

—Según, nótele bien, la evolución de los intereses, el niño llegará a ser un normal o un pervertido; más aun, un neurótico, mal orientado por la escuela. ¿Es, pues, el instinto primordial fuente de toda actividad psíquica? La sexualidad no es el botón rojo de la pubertad, como se asegura generalmente. El chicuelo, desde que nace, es un prisma erótico. Los actos de mamar o chuparse el dedo procuran sensaciones voluptuosas, la *libido*. Por cierto, en el período de la pubertad, el instinto converge hacia las funciones de reproducción. Las impulsiones eróticas primitivas que no concurren a tal objeto deben ser sublimadas en tendencias de valor social. Calcule usted a qué tarea están destinadas las futuras maestras...

—Estas hipótesis, perdone, cuya fecundidad es innegable, no prueban, me parece, la doctrina del pansexualismo. ¿Cómo es posible referir todos los intereses de la infancia, — al fin, síntesis de los valores de una civilización que canta himnos a la idea, a la belleza y al trabajo, — al *libido*?

—Me parece exagerado, dice Torres Quevedo, atribuir tanta importancia al factor sexual. Verdad es que los intereses se relacionan unos con otros. Pero los motivos pueden ser diferentes.

—Sin duda. Cada astro es un centro de gravedad; pero la gravitación es una. Las personas que toman baños de sol ahí enfrente, en Eaux Vives, creerá usted que lo hacen con un solo fin; pero, en verdad, mujeres y hombres exhiben sus formas y crean zonas erógenas de atracción en las que no es asunto despreciable la salud. Un cuerpo robusto y desarrollado que se adivina a través de los brazos, las piernas, el pecho o la cara, supone un buen padre o una buena madre. Los hombres son, generalmente reservados. No muestran su sexuali-

dad; la cubren con un manto de mentiras como si ella fuera baldón y vergüenza.

—El sol y el viento no son favorables a la actividad sexual, no obstante el espectáculo que suelen ofrecernos los bancos de la avenida que pasa al costado.

—Cuando los pacientes se dan cuenta de que pueden librarse de toda coerción, durante el tratamiento, arrojan la capa y... se puede arriesgar un juicio acerca del problema.

—Ya, habla usted de pacientes; se trata, pues, de psicópatas.

—La labor analítica, señor mío, para la aclaración absoluta de un caso patológico, llega a la pubertad y a la infancia; llega donde se nutre el achaque, donde los deseos reprimidos condensan energías para manifestarse en traumas posteriores. Los deseos de la niñez deben ser considerados como actividades sexuales; las trae consigo al mundo y de ellas se forma, a través de las etapas de una importantísima evolución, la llamada sexualidad normal del adulto. Ni siquiera es difícil observarlas porque son espontáneas y no las disimula.

—La coeducación, pues, desde su punto de vista, sería perniciosa porque malograría la tarea sublimadora de la escuela; entiendo que con ella se pretende saciar la sed sustituyendo los motivos y desviando el interés.

—El psicoanálisis nos permite asegurar que una manifestación enérgica del instinto en época temprana es una especie de fijación, punto débil en el conjunto de la función sexual.

—Quiere decir que la coeducación sería un terreno propicio a la fermentación de la psicosis.

—O no sería, porque disminuirían los reprimidos, los que ahondan el misterio con la fantasía como Don Quijote, a causa del alejamiento. Es asunto sin embargo...

—Sobre el cual debiera usted emitir opinión.

—Cuando me disponga a estudiarlo; no soy didacta sino médico; euro enfermedades de las que todos padecen, más o menos, un poquito y la escuela tanto, como el hogar y la sociedad, juegan un papel importantísimo. Si el niño pudiera confesarnos sus imágenes, sus sueños, sus afectos...

—¡Oh!, confiesan; tengo un sobrinito que tiene sus simpatías y sus antipatías; conversa a menudo acerca del matrimonio y piensa en los hijos que tendrá cuando sea grande. Hasta celos he notado en él: "Mira, Juanita, cuando coqueteaba con Lolo, que no debes querer más que a uno", escenas de los cinco años.

—Según mis apuntes, las relaciones del niño con sus padres no están exentas de elementos de excitación sexual. El padre prefiere, generalmente, a la hija; la madre, al hijo; el niño reacciona con el deseo, si es varón, de hallarse en el puesto de su padre, o en el de su madre si es mujer. Los sentimientos de estas relaciones y las de los hermanos entre sí, no son únicamente de naturaleza tierna, sino también hostiles. El complejo que de este modo se forma está destinado a una pronta represión; pero ejerce, luego, desde lo inconsciente, una grande y durable influencia; debemos sospechar que con sus ramificaciones constituye el nódulo de las neurosis. ¿No creen ustedes en las teorías, sexuales infantiles? Y si hay teorías, en investigaciones frustradas y por lo mismo renovadas hasta una conclusión que plantea otros problemas? Si la educación busca intereses y los pedagogos contemporáneos creen que ellos son los postulados de la enseñanza, ahí, hay uno de innegable importancia en la formación del carácter y en el contenido de la neurosis que puede adquirir posteriormente. El desligamiento del niño, de sus padres, se convierte, así, en un deber educador, si el valor social del joven no ha de correr los albrures de un serio contratiempo. Durante la época en que la represión selecciona los objetos parciales de la sexualidad, y después, cuando se debilita la influencia de los padres que proporcionaron la energía para estas represiones, incumbe a los maestros deberes que no siempre desempeñan libres de objeciones. Si queréis, el tratamiento psicoanalítico es una educación destinada a vencer en el individuo los restos de la infancia.

—La sublimación, tengo entendido, extirparía los deseos infantiles; la curiosidad no tendría así estímulos; la pereza

y el abandono serían perjudiciales tanto como la preocupación sexual.

—La extirpación no es, de ninguna manera, un fin. El neurótico pierde por la represión muchas fuentes de energía anímica. Pero la sublimación es un método por el cual los deseos infantiles conservan la energía que utilizan dirigiendo los impulsos hacia un fin más elevado que el inutilizado, sin sexualidad.

—Complicada, me parece, esta manera de concebir.

—Precisamente; los componentes del instinto se caracterizan por esta capacidad de sublimación o de cambiar el fin sexual por otro lejano y de valor social. A los aportes de energía, así conseguidos, debemos, probablemente, los más altos éxitos civilizadores. Una represión prematura excluye la sublimación del instinto reprimido. No olvidéis que una parte de los impulsos libidinosos tienen derecho a una satisfacción y deben hallarla en la vida.

—No sabría en este momento qué peros poner a sus doctrinas, en las que advierto valores didácticos que la escuela no ha tomado en cuenta. Sin embargo, note usted que el desarrollo postembrionario de los animales ofrece, a la observación del fisiólogo, dos períodos característicos; uno de activo crecimiento, que prepara para el acto sexual; otro de estabilidad pero de activa protección de los hijos, extraño al acto sexual; ambos tras un fin, perpetuación de la especie. A consecuencia de tales propósitos, las actividades difieren de un modo fundamental. La transición trae consigo cambios de forma, de actividades, de intereses. La supervivencia a las funciones sexuales responde a la nobilísima necesidad de proteger al descendiente contra los riesgos y prepararlo, a su vez, para el acto sexual. El individuo nace, así, dos veces. El hogar y la escuela serían instrumentos ya de la preparación, ya de la protección, en los que *la libido* no existe.

—Tal vez; pero en la preparación está latente. Es que el hombre se anticipa a la protección; la escuela, por eso, se anticipa a la función procreadora. De ahí el conflicto. No olvide la amplitud del psicoanálisis; si bien trato enfermos, mis

doctrinas no excluyen los fenómenos que ocurren en el tipo normal; menos afectado, nada más, por *la libido*, la represión, las obsesiones, las imágenes y los silencios traumáticos. Me interesan los fenómenos de la niñez por cuanto los fenómenos que el adulto ofrece al psiquiatra...

—Y al educador...

—Sí, contestó, enardecido por la convicción; en el niño está el hombre. Lea usted en su inconsciencia, observe sus inclinaciones, sus instintos, sus reflejos y no es un rasgo de vanidad predecir lo que será a los treinta años, bajo una influencia que favorezca los impulsos o los reprima.

—Gracias, le dije, aceptando un cigarro vienes puro como un habano. Los tres, sensibles al fresco, bajamos para tomarlo a la orilla misma del lago en el que la ciudad reflejaba columnas y frentes retorcidos de fuego.